

Uno

En el principio creó el Man de Manes los cielos y la Tierra

Mal. Cuando logramos sacar a nuestro Escamplero de la cárcel de Torozos, con la pretensión de reunir de nuevo al grupo y que nos ayudara un poco en aquel trabajo, yo supe que todo el negocio acabaría muy malamente.

Centro Penitenciario de Valladolid sería más apropiado y verídico que cárcel de Torozos.

Experiencia no me faltaba. Es lo que tiene de bueno el empirismo, que discurre por delante, viene siendo la vela que alumbra, como refirió el otro. Los hechos vividos me otorgaban la razón. Los Carrilanos, como grupo, nunca medramos ni un gramo en nuestros anteriores cometidos. Nada de cuanto emprendimos resultó bien. Pero, además de los indicios vehementes, no me gustó su vacilación, su lejanía. Creo que ya no nos tomaba en serio.

Pienso, y lo digo, que el Escamplero, tantas primaveras de talego, tantos vaivenes y desalientos, tantos atracos frustrados, tantos leguleyos defensores de corta y pega, tantos sufrimientos acumulados, tantas desilusiones al costado, siempre viviendo en precario, había perdido potencia: no, no era el mismo mi dilecto amigo el Escamplero.

Era mundial, tenía una chispa, un arranque. Si le hubierais conocido en sus buenos tiempos....

Eso de mal es según se mire, pues dice mi otro amigo Benítez Carrocedo, quien conoce de primera mano el asunto y sabe del tema, que, muy en el fondo, todo terminó bien. Él sabrá, que para eso funge como especialista de lo negro y policíaco. Manolín, porque el Escamplero se apelaba por bautismo Manolín, Manuel Rugarcía, tres días antes de que le trincaran por primera vez para ingresar como voluntario forzoso en el penal del Dueso, hace de ello ya una porción de años, quizá más de treinta, una vida, si lo piensas bien, descendió del Brañizo y fue a ver a mi madre, que en gloria esté, en San Roque del Acebal, con el fin de despedirse: toda su vida fue educado. Le decía, pesaroso y mendaz, el muy comediante: «todo fue por culpa de una mala mujer, doña Aruasy, de una mala mujer. Ahora, que me empezaba a ir todo bien y caminaba derecho en la vida, cuando me veía por fin enveredado...».

De mala mujer, nada, pues todos, todos (Cuco Tamés, alias *Chessman*, Tiano *el Dañín*, Xicu Arizona, *Cartuchín*, *el Raru* (ése era yo), Cosme Romano, *Cosmón*, Lolo *el Fugas* y el resto de pueblerinos) sabíamos que el último resbalón, o llamémosle desacierto, había sido por robo a mano armada en unos grandes almacenes del centro del mismo Bilbao. Creo, bueno, lo sé cabalmente, que fue allá por el año 1973, acaso en verano. La tentativa, conforme cuentan, salió mal, y eso pese a que la llevaron a cabo, entre otros, el dicho Manolín y tres rapaces de Porrúa, esforzados segadores, inmejorables manos para elaborar

el queso de su pueblo, notoria honradez familiar, el que menos treinta vacas casinas, pintas y suizas en la cuadra, pero de regular cabeza cuando trabajaban de pinches y peones a jornal en los tajos de construcción, como fijos discontinuos. Gandules, liantes y unos grillados de aúpa, acorde opinaba, de ellos y de nosotros, muy gráfico Panchito de Cañamal, holgazanes que vivían o querían vivir sin dar un palo al agua. Entre los cuatro se entendían en *xiriga* (en el Diccionario de la Lengua Española no viene, ellos se lo pierden), aprendido el argot en las tejeras de Villaverde de Trucios y Pisón de Castrejón: eso, los de Porrúa, Manolín lo sabría de oídas; porque de la tejera, ni de lejos. No me hagan explicar qué es la *xiriga*, que me falta el humor y, además, al principio del libro va un glosario en ese idiolecto. La *xiriga* la aprenderían sus padres y abuelos: es otra opinión. Ellos, como mucho, lo habrían conservado de oírlo, como una tradición. La usaban para que no los entendieran los *gorres* cuando no convenía, sobre todo la Policía, o los guardias civiles, los *pelaguxos* que llamamos por la zona. Lo que para el resto de España son *picoletos*, para nosotros, son *pelaguxos*. La gente, si nos oye *verbear*, o *xirigonciar*, cual dicen otros más instruidos, se creen que somos rusos o yugoslavos.

Ya, ya sé, que eso también le fue atribuido en otros días a los atracadores asturianos en México, años veinte, pero es que la historia es tozuda: se repite muy a menudo, ya lo dijo mi tío Lenin. En la misma medida, reconozco que la *xiriga* nos sirve para poco más. No vamos a venir ahora con gongorismos y decir que la ponemos al nivel

del catalán o el francés. Si es preciso, sigo dictando en *xíriga* estos recuerdos, acidulados y a medias luctuosos. A mí nada me cuesta, yo *verbeo ascode maniegu*, pero seguro que no entienden ni pamplona.

Que no, era broma. Sigo. Una mala mujer con las piernas torcidas puede que la hubiera habido tres o cuatro años atrás en la biografía joven del Escamplero, porque al susodicho, me acuerdo bien, le arrimó el mal del siglo una marmota portuguesa de los marqueses de Argüello. Se puso a presumir, el muy torpe, de que meaba verde, hasta que su hermano le bajó a la farmacia de Llanes, donde Chin, decíamos los del pueblo, y éste se lo quitó radical, con inyecciones, claro.

Tampoco tenía mayor importancia el incidente, puesto que aquel mismo verano, una locatis llanisca anduvo *gonorreando* y le pegó ladillas a medio concejo (no pongo el nombre para no propiciar querellas), tengo entendido que fue por venganza el contagio, por dejarla en estado cada tres meses. Eran otros tiempos, duros, ya digo. Los primeros setenta, que les llamaban los periodistas. Bien creo que resultaron mis más gloriosos años, lo cual no equivale a que fueran buenos. No era mejor y más rosado el mundo, sino yo más joven.

Se entregó, no lo acogotaron como dicen pésimamente dicho algunos cineastas y falsos biógrafos. El Escamplero se dio preso tal que un viernes en el cuartel de la Guardia Civil. Allí no le fueron leídos sus derechos y lo esposaron (pasó el fin de semana en el cuartelillo del Ayuntamiento de Llanes), y el lunes lo condujeron a

Santoña en microbús con *Rompetechos*, Cueto Rayano, dos calés y otros siete honestos ciudadanos del cobre.

Acaso sea el momento de admitir que las malas compañías no fueron los tres segadores porruanos (Alarido, Reclamo y Borrachero, vaya tres patas para un banco de ordeñar), sino que el inductor, al parecer, según el sumario, fuera Manolín. Sí, la perniciosa compañía resultó el Escamplero. Puede verse en Internet, en la prensa de la época. El trabajo bilbaíno cobró mal término, chica labor, poco rédito aparente. El nuestro tiró de pistola: seis orificios, dos heridos muy graves (una empleada bien parecida y un guardia jurado, *segurata*, ignoro si ya se denominaban así). Siempre tuvo mala puntería, a mi juicio era miope o présbita. Como se dice en Asturias, hubo más tiros que en el Escamplero.

El Escamplero, por decirlo todo, para quien ande flojo en Geografía, viene a ser un lugarón en las proximidades de Oviedo. Durante la Guerra Civil las Columnas Gallegas, y los *mojamés*, atacaron a los mineros que tenían cercado al traidor y masón Aranda (y a media familia mía) en la llamada «heroica ciudad». Murieron arriba de seis mil moros y no sé cuantos cristianos y ateos. En Luarca, en las afueras, propiamente en Barcia, *conceyu* Valdés, hay un cementerio que llaman «de los Musulmanes». Yo fui, con mi amigo Ramonín Robles, hace dos años a verlo, y me picó en la mano una avispa: dolía más que una patada en los meros. Está lleno a rebosar de bardos, maleza y olvido, pero consta de muy hermosas vistas, mucho arbolado y un buen portón, el cementerio de los

moros. Me curaron con amoníaco las chicas de la limpieza de la Casa de Cultura de Luarca y una oficinista muy amable, la cual, por ver de animarme, nos enseñó un cuadro de don Nicanor Piñole que representa al *castru* de Ballota, donde un servidor se bañaba de *críu*, pero yo quedé unos días con la mano como un saco de nueces.

Total, que allí, en Bilbao, no en Luarca, se ganó Manolín los galones, aunque ya había habido escarceos: luego se lo cuento con más tranquilidad. El apodo, porque hasta el famoso y fallido palo de Bilbao el convicto era mentado por Manolín Rugarcía, pero, puesto que había habido tiros y hubo salido en periódicos, lo heredó, a partir de allí, de su extinto abuelo, quien, recordaron todos al leerlo en los diarios, también fuera un punto filipino, un gran comunista libertario de cuantos se enfrentaron a Óscar Solís y los militarones sublevados de Aranda en el valamé del Campón, en la Argañosa, en la Loma del Cantu, y a los moros que les querían rodear, como en su momento quedó dicho, en la Venta del Escamplero.

Unos meses después de que lo trincaran y escribiera el preso a casa y a sus amigos y zancañeros, entre los que me cuento y con orgullo puedo exponerlo, aprovechando un rápido viaje a Santander, ejem, a comprar camisas y pañuelos donde Arce, fui a ver al ausente en el Penal de Santoña, o del Dueso como le nombran otros. Me topé con la novedad de que mi camarada Escamplero, quien dijo hallarse ciertamente cómodo en aquella finca donde pueden segar y ordeñar rumiantes los reclusos más dóciles al cabito de vara y de confianza para rebajar pena, se

explicaba con un perfecto y elaborado acento mejicano, algo más inherente a la mocedad asturiana de lo que podamos creer. Sólo digo que muchos indianos de allá le dicen «Mexiquito» a Llanes.

—*Acá nos andamos, güey, ya tú ves*, instruyéndome con el bachillerato ése, para cuando salgamos de esta miserable perrera. Gildo, Raru, *cagüen* la pelona, *güevón*, te veo algo más finito, ¿es que trasnochas extramuros con alguna *turda* y te pones de sidras hasta el culo o no te van bien los asuntos allá por la casa del pueblito?

No quise entrar al trapo.

—Pero, Manolín, hijo, si te quedan once años de tre-na, ¿cómo es eso de ponerte a estudiar ahora, si nunca quisiste agarrar ni un libro?

—Quién lo sabe, *compa*, quién lo sabe. ¿Y cómo le andan las pelonas de nuestro pueblo? ¿Se acuerdan de este pobre presidiario? *Mero, mero, chavalón del rizo*. Dígales que tengan la bondad de escribirme unas letras a la penitenciaría, por favor.

Nunca en mis días, lo prometo por mi honor, hubiera esperado ver al Escamplero pedir las cosas por favor. No obstante, cumplí su encargo, como hubiera hecho él por mí. Lo comuniqué a unas cuantas chicas de San Roque. Resultado: a los tres meses, el noventa por ciento de las mozas solteras (y alguna con un pie en el altar, que se metió en aquel jardín florido) se carteaban y presumían de galanteo con Manolín.

Manolín, guapo, lo que se dice guapo y pintón, no es que fuera; pero simpático, sí: disfrutaba de buen sentido

del humor, tenía su aquél, era mundial, y hablando mejicano, más.

Llegaron las más bragadas y atrevidas a solicitar muy en serio y por escrito, dos y tres encuentros vis a vis con nuestro recluso predilecto. Con el historial que tenía detrás, Manolín...

Hasta donde yo sé, no se casó con ninguna. Prosigamos.

Aquí viene un intervalo cronológico, un quiebro temporal hacia delante, no hay más remedio. Atrás volveremos cuando sea menester recular.

Al marcharse de vacaciones pagadas y a baños al Dueso el que teníamos por jefe natural (canturreando, por cierto, que no se me olvide ponerlo, por tientos y con profundo desgarró aquella letrilla que dice *Ay, cárcel qué mala eres, siempre te maldeciré*), el tiempo que no se detiene, los otros y yo acordamos dejar un tanto de lado al legendario ausente Manolín Escamplero y seguir con nuestras vidas; abreviando, dedicarnos cada uno a nuestros oficios o aficiones: la emigración, la hostelería, el peonaje como encofradores en los destajos, la angula en invierno, los prados, las vacas, las novillas, los toros, el burro del boticario y eso.

Mal hecho, ya lo sé. La lucha continúa.

Yo, tiempo andando, craso error, pasé a Castilla, lugar privilegiado en el que, por lo común en atardeceres lluviosos o en el sosiego de las horas de conticinio, cuando me cuesta coger el sueño, recuerdo y escribo mis memorias, y aquí, en la estepa, unos años después, supe que Manolín, luego de varios destinos y colocaciones, había sido trasladado desde Nanclares al presidio de Ocaña,

provincia de Toledo, dos meses, luego a Carabanchel, barrio de Madrid y capital de la nación. Anda, que no viaja el compañerito.

«Mira», me dije, «ahora lo tengo una pizca más cerca».

Dos

Llovía, xode, cómo llovía, menos mal que llevábamos paraguas

En honor a la verdad, nuestra historia, digamos, libertaria, delictuosa o de perdición, hay opiniones para todo, había comenzado ya tres o cuatro años atrás de cuando enchiqueraran por primera vez al pobre Manolín, a causa de lo de Bilbao.

Éramos unos críos. Era una absoluta maravilla tener dieciséis o diecisiete años, estar en 1970 y vivir en el concejo de Llanes. Camisas floreadas, hippies, turistas, ovetenses, belgas con autocaravanas y franceses de calzón corto e hijas quinceañeras de ojos mimosos, pantalones ceñidos, botas de ante con flecos, *Bisontes* sin filtro y algo de chocolate fumífero y oloroso si lo traía *daque* madrileña despabilada y progresista: una juventud.

Fui joven y gocé mis años mozos con ilusión. La Libertad, la esperábamos por las esquinas. Fui feliz. O eso creo.

Cierta noche primaveral de domingo, abocando al verano, de chiringo en chiringo, tras de aterrizar un rato en el *Sputnik*, antiguo *Gibraltar*, por achicar unos *jariguais* y *cubas* con el tabernero, conocido nuestro y también carrilano en su joven edad, regresábamos, andando (éramos